

PENSADOR INSOBORNABLE*

Así definía Américo Castro a José María Ferrater Mora, a quien también consideraba Pedro Salinas como el hombre más inteligente que había conocido. Fue justamente en casa de Salinas, en 1947, donde conocí a José María, iniciándose así la amistad más enriquecedora de toda mi vida. Porque con José María Ferrater se aprendía a pensar constantemente, sin adoptar él nunca ni el tono pontificador ni tampoco las condescendencias de otras figuras intelectuales hispánicas y no hispánicas. En Ferrater se sentía sobre todo la naturalidad de una inteligencia que era (como decía Américo Castro) “absolutamente insobornable”, sin herir jamás al interlocutor. Recuerdo, así, una memorable ocasión en casa de don Américo cuando éste esperaba el juicio de Ferrater sobre una páginas que le había enviado, esperando las juzgara con su acostumbrado rigor. Y, efectivamente, Ferrater sin pedantería ninguna demostró a Américo Castro que lo mantenido por él en aquellas polémicas páginas no podía ser verdad pero tampoco estaban descarriadas. Ahí estaba, precisamente, lo más profundamente humano de Ferrater: el ver, con rigor implacable, las fallas lógicas de cualquier pensamiento pero sin tomarlas tampoco como incorregibles, pues todos los seres humanos tenían siempre su pequeña parcela de verdad. De ahí su inmensa curiosidad —sin duda una de las mayores del siglo— por todo lo humano: ¡Y qué capacidad la suya por gozar de todo lo nuevo, todo lo que podía parecer, a veces, como superficial o anodino! Fue así un espectador continuo de la vida de este planeta y se puede afirmar que no ha habido en los países de lengua española del siglo XX alguien menos narcisista que Ferrater. Esto explica también su trabajo continuo para aproximarse a lo que él estimaba era la “verdad”: porque Ferrater distaba muchas leguas de los pensadores que no tocan

* *Boletín de la Institución Libre de Enseñanza*, 2ª época, abril 1991, número 11, pp. 27-28.

un texto una vez dado a conocer. No cesaba de corregir sus libros y sus artículos. Esto es, Ferrater era insobornable ante todo consigo mismo, o mejor dicho, con la realidad de la vida: porque ésta para él era tan sumamente rica y variable que apenas podía ser captada y menos fijada en fórmulas perennes.

Conviví con él cinco años en una especie de oasis universitario cerca de Filadelfia, la legendaria Universidad Bryn Mawr, cuyos alumnos tenían entonces como requisito indispensable el estudiar la historia de la filosofía. ¡Y qué espléndido maestro de los siglos más fecundos de la humanidad era Ferrater! Así fue pronto reconocido como el profesor más verdaderamente sabio de aquella Universidad ejemplar, pero Ferrater siguió escribiendo en castellano, lo cual le vedó el acceso al público de lengua inglesa. No se quejó, sin embargo, de tener un éxito que podríamos llamar pasajero, pues aspiraba profundamente a hacer del castellano un idioma del pensamiento universal: y lo consiguió. Ya no podrá recibir el premio Cervantes que merecía como un clásico prosista de este tiempo. Y alguna vez noté en él un levísimo sentimiento de dolor porque no se había reconocido la singular belleza de su densidad estilística. Más sobre todo, hará unos diez años, Ferrater esperaba que se le ofreciera una cátedra en este país que él tanto amaba: aunque la Universidad de Gerona ha creado ahora una cátedra con su nombre y en su honor. Pero, ¡cuánto habrían aprendido de Ferrater sus alumnos españoles!

En esta hora tan triste para mí, lamento y lloro que la persona de Ferrater haya sido perdida por los jóvenes de esta nueva España que confirma su fe en la creadora convivencia de las personas de buena voluntad aquí existentes. Esperemos que pronto puedan conocer mejor a Ferrater los que no han podido todavía leer sus prosas llenas siempre de curiosidad penetrante por la riqueza de la vida humana.